

16. Una perversión de la verdad

El sueño de la gran imagen, mediante el cual se le revelaron eventos futuros que se extendían hasta el fin de los tiempos, le fue dado a Nabucodonosor para que comprendiera el papel que había de desempeñar en la historia del mundo, y también la relación que su reino mantenía con el reino de los cielos.

Este maravilloso sueño causó un cambio notable en sus ideas y opiniones, y por un corto tiempo fue influenciado por el temor de Dios; pero su corazón aún no estaba limpio de su orgullo, su ambición mundana, su deseo de autoexaltación.

El profeta Daniel describió al rey Nabucodonosor el ascenso y la caída de los reinos que sucederían a Babilonia; pero el rey no atesoró la convicción que llegó a su mente con respecto a la caída de todos los gobiernos terrenales y la grandeza y el poder del reino de Jehová. Después de que la primera impresión se disipó, solo pensó en su propia grandeza y estudió cómo el sueño podría convertirse en su propio honor. Las palabras:

«Tú eres aquella cabeza de oro» (Daniel 2:38)

—causaron la más profunda impresión en la mente de Nabucodonosor. Al ver esto, los sabios que no habían podido revelar su sueño, propusieron que hiciera una imagen similar a la que él había visto, y que la erigiera donde todos pudieran contemplar la cabeza de oro, que era una representación de su reino.

Esta sugerencia agradó al rey. Su orgullo fue halagado por la idea de que así podría representar su grandeza; y en lugar de simplemente reproducir la imagen vista en su sueño, determinó hacer una imagen que superara a la original. Esta imagen no debía deteriorarse en valor de la cabeza a los pies, como la que se le había mostrado, sino que debía estar compuesta enteramente del metal más precioso.

Así, toda la imagen representaría la grandeza de Babilonia; y él determinó que por el esplendor de esta imagen la profecía concerniente a los reinos que habrían

de seguir, fuera borrada de su mente, y de las mentes de otros que habían oído el sueño y su interpretación.

Dios había hablado claramente con respecto al reino celestial. Daniel dijo:

«En los días de estos reyes, el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido: ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre» (Daniel 2:44).

«...el sueño es verdadero, y fiel su interpretación» (Daniel 2:45).

El rey había reconocido el poder de Dios. Diciendo:

«Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses,...y revelador de secretos...» (Daniel 2:47).

Pero a pesar de este reconocimiento, los años de prosperidad que siguieron llenaron su corazón de orgullo, y olvidó a Dios, reanudando su adoración de ídolos con un celo y una intolerancia crecientes, y atesorando la idea de que el reino babilónico permanecería para siempre.

En el momento en que Nabucodonosor vio la visión de la gran imagen, se había propuesto destruir a los sabios, porque discernió sus engaños y se convenció de que no tenían el conocimiento y el poder que decían poseer. Solo por la intercesión de Daniel habían sido salvados de una muerte cruel e ignominiosa.

El rey ahora se unió a estos hombres para planear deshonar al Dios de Daniel. La luz que se había permitido brillar desde el cielo sobre Nabucodonosor fue utilizada para servir a su orgullo y autoexaltación. Los sabios, en consulta con el rey, concluyeron que Babilonia era el reino que destruiría en pedazos a todos los demás reinos; y se esforzaron por hacer una imagen que representaría a Babilonia como eterna, indestructible, todopoderosa, un reino que permanecería para siempre.

De los tesoros obtenidos en la guerra,